

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

El laicismo acaba con Francia

Otra vez, y ésta con caracteres de mayor gravedad, se ha planteado en la nación vecina el problema de la despooblación.

Francia se acaba. Y se acaba, consumida por la molición, anegada en los vicios, deshecha por las doctrinas disolventes que allí imperan, desde que oficialmente el Estado francés apostató de la fe de Cristo y se entregó en brazos de fracasones y judíos.

Francia se acaba; pero tan visiblemente, tan rápidamente, que los Poderes públicos han caído en la cuenta de la gravedad de la dolencia; pero tarde, cuando, aunque exista el remedio, no hay valor público ni individual para aplicarlo.

Francia se acaba. Las estadísticas de principio del corriente año son terribles parecen la voz tremenda del Ángel apocalíptico. Los natiocios han sido el 40 por 100 menos que las defunciones. En el año 1912, han nacido 77.000 menos que en cualquiera de los años últimos.

Francia se acaba, y se acaba por la degeneración de aquella sociedad, por su craso y estúpido egoísmo. Se han echado la cuenta de que en este mundo no viven más que para gozar, y han tratado de quitar los estorbos. Esta es la verdad.

Francia se acaba. Y no ciertamente por las guerras. En grandes contiendas anduvo empeñada aquella desventurada nación, y no disminuyeron sus natiocios, no le faltaron hombres.

Francia se acaba, porque está corrompida, degenerada, prostituida.

La prueba es que en provincias como la Normandía y la Bretaña, donde se conserva la fe y pureza de costumbres, no baja la población, están equilibrados los nacimientos con las defunciones.

La prueba es que en Inglaterra, Holanda y Alemania no se padece el mal que en la vecina República.

Francia se acaba, desde que estableció el laicismo y con éste el matrimonio civil y el divorcio.

Desventurada Francia; ¿qué dirían si alzasen del sepulcro la cabeza tus reyes cristianísimos, tus Santos innumerables, tus grandes sabios, tus inmortales cruzados?

Francia se acaba, porque es inmoral. Como las ciudades de Pentápolis; como la Roma pagana.

Y quieren los asesinos de Francia que España siga el mismo camino. Por eso quieren los afrancesados implantar la enseñanza libre en materia religiosa; por eso trabajan por el imperio del laicismo; por eso se nos anuncian el matrimonio civil y el divorcio y la secularización de cementerios.

Francia se acaba, asesinada por sus hombres políticos por los que se intitulan sus salvadores. También éstos se acabarán. La justicia de Dios se cumplirá, y será terrible el castigo de los que han acabado con esa nación,

digna por su historia antigua de mejor suerte.

A tiempo está España, si de veras quiere salvarse. Escarmentemos en cabeza ajena.

¡Guerra a la enseñanza sin Dios!

¡Viva el Catecismo, que hace grandes y prósperos y dichosos a los pueblos!

POR LA PATRIA Y POR LA CRUZ

¡Cristianos! dejad el lecho, del letargo, si aún ardiente vibra la fe en vuestra frente y el alma hispana en el pecho. Venid con bélico encono los que sepáis aún rezar, y los que améis al Pilar do tiene España su trono.

Por la Patria y por María, que os lo piden, ¡despertad! y que tiemble la impiedad ante vuestra faz brava. Luchad con brío iracundo: que os lo piden con anhelo María, reina del cielo, y España, reina del mundo.

No obstante la vil hazaña, que para deshonra nuestra; hizo la tea siniestra de los hijastros de España, afrontando sus destinos, el ateísmo moderno abre escuelas del averno, que son cuevas de asesinos.

Vendrán hijos de Luzbel con la tea y con el grito: tal vez, el Pilar bendito arda y España con él; mas nunca nuestro abandono verá la Virgen llorando; antes caeremos rodando muertos al pie de su trono.

Los que amamos al Pilar no lo hemos de consentir; porque sabremos morir; los que sabemos rezar. Antes cuando fué la Cruz unida a nuestra bandera, y reinamos por do quiera que el sol lanzaba su luz,

gritamos, dejando fijo el Cristo en tierra lejano: ¡viva España soberana! ¡viva nuestro Crucifijo!

Ahora amenazada está la Cruz de nuestras victorias; quieren encerrar sus glorias: ¿por qué no gritamos ya?

Gritemos con altivez: ¡sí, católicos! ¡arriba! que la Patria se derriba: ¡Alerta! y cuando otra vez, como satánica estrella la tea arroje su luz, unámonos a la Cruz y que nos quemem con ella!

Porque después que sucumba el odio a la religión, la nueva generación, ponga sobre nuestra tumba, al recordar nuestra hazaña, una cruz, una bandera, y un letrero que partiera el mármol, diciendo: ¡Españal

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

Los Jesuítas en Alemania

«El Reichstag» alemán ha adoptado merced a los votos del centro y de los socialistas polacos, alsacianos y daneses, una proposición del centro derogando la ley contra los jesuítas, y ha rechazado una moción adicional de los progresistas, tendiendo al mantenimiento de las disposiciones que tratan del mismo asunto y están en vigor en cada uno de los estados confederados.»

Tal es el telegrama publicado días atrás por la prensa, y cuya lectura sugiere comentarios acerbos y pone de manifiesto contrastes bochornosos para la católica España. El Parlamento de una nación oficialmente protestante levanta el veto a la ínclita Compañía de Jesús, deroga aquellas disposiciones por las que se le impedía establecerse en el Imperio. El Parlamento de la católica España aprueba aquel proyecto sectario y despótico que el desdichado Canalejas, jefe del Gobierno de Su Majestad católica, ideó para poner un candado a las órdenes religiosas; y el actual Presidente del Consejo, el conde de Romanones, se jacta de haber prorrogado los efectos de ese candado inicuo. Los socialistas polacos, alsacianos y daneses coadyuvaban con su voto a ese triunfo del catolicismo en Alemania. Los *extimios* conservadores españoles, *defensores acérrimos* de los intereses católicos, permanecen mudos o semimudos durante la discusión del nefando proyecto, y, finalmente regalan el *quorum* para que pueda pasar y convertirse en ley. ¿Verdad que el contraste es de una violencia inaudita? Pero aún podemos continuar las comparaciones. Alemania, que, a pesar de su protestantismo oficial, abre sus puertas a los jesuítas, es nación poderosa, fuerte, extiende su influencia por el mundo entero y marcha a la cabeza de la civilización en todos los órdenes. España, poderosa y fuerte, más que Alemania, más que nación alguna, cuando no había recibido la ponzoña del liberalismo maldito, cuando no perseguía a la Iglesia católica, hoy que se halla inculada por el virus liberal y pone vetos a los institutos religiosos, es pobre, de poderío escaso, de significación internacional casi nula, ¡Qué elocuencia la de estos hechos! ¡Qué reflexiones las que tales hechos provocan!

Porque o la lógica es un mito o habremos de convenir en que los católicos alemanes lo son en mayor grado, más sinceramente, que la inmensa mayoría de los que en España usan ese adjetivo, y los socialistas de allí defienden a la Iglesia y a la razón y a la justicia más que los conservadores de aquí y la política sectaria y anticatólica, lejos de ser un signo de progreso y de

cultura, como vocaban los liberales de los distintos matices, es síntoma de decadencia, de incultura y de retroceso.

Y así es en efecto. Todos se llaman católicos por tierras españolas, pero hay muchos a quienes su catolicismo *suí géneri* no les impide colaborar en la descristianización de su patria, ni militar en partidos enemigos de la Iglesia, ni conducirse peor que los socialistas de otros países. Se habla de progreso y por progreso se entiende, no lo que por tal debe entenderse, sino la ridícula imitación de aquellas naciones que marchan a pasos agigantados hacia el abismo.

¡Europeización! He aquí la palabreja que no se cae de los labios a los *progresivos* de por acá. Abrámoslos—dicen—los venta ales que miran a Europa. Abrámoslo sí—decimos nosotros—pero no los que miran por encima de los Pirineos, a la podredumbre que abunda en Francia, sino a aquellos por donde penetrar puedan las brisas vivificadoras que vienen de las regiones verdaderamente civilizadas.

Aunque a decir verdad, ni aún esto necesitamos. Que para aumentar en cultura, para progresar cumplidamente, bástanos volver los ojos atrás y fijarnos en la España de la Tradición, que es la fuente, el manantial purísimo de la verdadera civilización Europea.

E. F. DEL R.

Si porque haya padres que, sin derecho alguno que les asista, nieguen a sus hijos el pan del alma, que es la Religión, y porque haya algunos maestros propagadores del anarquismo que rehusen enseñar los principios de nuestra fe, se ha de declarar libre en todos los centros de enseñanza la Religión, debieran declararse libres también la Historia de España, porque abundan los que la falsean y aborrecen la Monarquía, cuyos gloriosos hechos relata; la Geografía cuya ignorancia nos ahorraría la vergüenza de conocer los inmensos territorios que perdimos en el siglo pasado y en el anterior; las Matemáticas, que nos echan en cara nuestra pobreza nacional y particular; la Gramática, que nos enseña no ser la castellana ya la lengua que hablamos, plagiada, como nuestras costumbres morales y políticas, de galicismos e iglemismos; venia sit verbo; la Agricultura, que nos presenta la escasez de las cosechas y las tierras esquiladas por crecientes tributos; y por motivos semejantes, habría necesidad de dejar libres, es decir, suprimir, para más tarde ó más temprano, toda enseñanza.

EL OBISPO DE ALMERÍA